

Pedro Prado

POLVO eres y *en polvo te convertirás*. La dura e inexorable sentencia bíblica ya se ha cumplido en Pedro Prado. Sobre sus despojos inertes que animaron su espíritu superior, flota ahora el aroma del recuerdo, en que reviven las bellas prendas de su carácter y la aguda intención de sus palabras, en las cuales se advertía un humor de buena ley que no desmentía al delicado poeta que supo crear obra de inusitada calidad estética.

Tenía un corazón efusivo y en su espíritu jovial rondaba como un aire travieso y juvenil, su permanente anhelo de encontrarle a la vida los atributos más amables y significativos de comprensión y simpatía, en la amistad y en el afán de compartir sus inquietudes con aquellos hombres en quienes florecía el ensueño, como el supremo ideal que enaltece la condición humana.

Hombre de hogar, respetuoso de la tradición familiar, mantuvo en su actitud vital una línea de singular pureza que le alejó del torbellino de las pasiones, en las cuales se rompen los principios más acendrados de la moral y del sentimiento. La vida de Prado es como un espejo que refleja, sin contaminarse, el espectáculo del mundo. En su sensibilidad, los acontecimientos dejan una huella profunda y aunque no toma parte en ellos como actor, tiene, sin embargo, capacidad para trasuntar en su arte todo aquello que lleva un signo de emoción y de belleza. No es que él mismo no haya sufrido y gozado intensamente lo que el tiempo y

la vida deja en cada hombre. No es que fuera cobarde para afrontar los peligros. Era simplemente un hombre sereno, de arraigadas convicciones que le impedían mezclarse en el tumulto. Acaso ahí residía su drama, su escondida batalla sin tregua. Porque en todo artista hay siempre un hombre apasionado, dispuesto a exponerse a todos los avatares que surgen en este camino que hacemos bajo el sol mientras el corazón está latiendo.

Pedro Prado era un hombre sincero, rebelde a toda oscura complicación. Limpio de alma no pudo transigir jamás con aquellas culpables circunstancias de una doble vida, en que la mayoría de los hombres se ven envueltos, viéndose obligados a disculparse a sí mismos en cada recodo del camino. Prado no necesitó de esa personal absolución. Prefirió seguir un camino de claras perspectivas, sin sombras ni sospechas. Nos parece que su arte tenía esa bella condición de su espíritu. No hay en las páginas exquisitas del poeta la tortura malsana, el tormento angustiado, el grito desesperado, la amarga obsesión, el delirio ardiente de las almas crucificadas por toda clase de inquietudes en que las fuerzas demoníacas se desatan.

No, en ningún momento encontramos en la obra de Pedro Prado este hervor de pasiones nacidas de una imaginación en que se encienden todas las luminarias del vicio y del pecado. El poeta está siempre en una cumbre magnificada por un claro ideal. En una actitud de diáfana serenidad. Sus versos nacen de una vertiente iluminada por todos los colores del iris. Y en su prosa brilla el noble metal incontaminado, que no necesitó del proceso ígneo de los crisoles para alcanzar la limpidez rutilante. Venía ya decantado desde la fuente de su corazón como un transparente caudal de melodías, de múltiples resonancias armoniosas que conferían a su obra una alta jerarquía estética, en que se identificaba su espíritu esencialmente soñador, sin que esto excluyera su condición de escritor capaz de captar de la realidad sus vivencias más significativas.

Este sello de auténtica serenidad se advierte a lo largo de to-

da su obra, rica en emoción y en seductora armonía. Poseía el don de la medida y del equilibrio y en su estilo, de atildada expresión, no había el afán preciosista. Conocía los más recónditos secretos del idioma y las palabras adquirían en su prosa una tersa y burilada belleza. Una gravidez de fruto sazonado traspasado de sutiles aciertos expresivos, ennoblecidos por un soplo de auténtica poesía.

Su poderosa inspiración da alas a su fantasía creadora y así el autor de «Alsino», imprime un suave carácter de imaginativa fascinación a todas sus obras. «Los pájaros errantes», poemas en prosa, vienen a ser una síntesis de poesía y de filosofía, en los cuales, como los viejos poetas orientales, vierte sus conceptos de la vida, como si fuera un contemplativo que ve pasar el tumulto del mundo sin sumarse a él.

Sin embargo, cuando se enfrenta con la realidad, surge de su creación, con colorida animación, el elemento humano. La anécdota y la incidencia matizada por un sano humorismo, se mezclan en sabroso conjunto de autóctona gracia, de festiva y jovial simpatía. La fantasía y el ensueño no le quitan autenticidad a su realidad.

Pedro Prado llega a situarse entre las más altas figuras de la literatura americana. Sus obras son el producto de una mente sana y vigorosa, animada por la fantasía del poeta que no sale de su serenidad extasiada. Sus días de juventud transcurren en aquella época de nuestra literatura en que se acometen empresas de fabuloso idealismo como «Los Diez» y la Colonia Tolstoiana. Sus libros van por todos los ámbitos de América llevando el magnífico mensaje de su talento superior. Un aura de poesía, de delicados matices sensibles se cierne sobre todos ellos. La plenitud de su expresión estética dice con elocuencia definitiva todo aquello que los juicios acaso nunca lograrán aprehender, para trazar su elevada efigie de artista que vivió aferrado a un fervoroso ideal de superación.

«Atenea», cuyas páginas recogieron muchas de sus creaciones, le rinde el postrer homenaje al artista, en cuya alta estirpe espiritual se enalteció la expresión literaria de nuestro país.